

EL REY.

Que yo lo pondré en el mismo lugar en que estaba.

ÇAKOUNTALA (aparte).

No hay medio de rehusar (acercándose al rey). Sea; pónlo pues.

EL REY.

Sentémonos sobre el banco que nos ofrece esta roca. (Se sientan.) ¡Qué dulce contacto! (tocando la mano de la jóven.) Tengo entre mis manos un retoño del árbol del amor, consumido por el fuego de la cólera de Çiva, y que un destino feliz hizo renacer regándole con ambrosía.

ÇAKOUNTALA (estremecida).

¡Detente, detente, hijo de mi señor!

EL REY.

Soy feliz, porque ese título no se le da más que á un esposo. ¡Niña encantadora! las fibras de este brazalete no forman un buen nudo; ¿quieres que lo arregle de otra manera?

ÇAKOUNTALA (sonriendo).

¡Como tú quieras!

(El rey finge dificultad para atar el brazalete.)

EL REY.

Mira, hermosa niña; te diria que la luna ha huido del

cielo, y para dar mayor esplendor á tu belleza y cambiada en fibras de loto, viene á entretejer sus rayos sobre tu mano encantadora con el azul de las venas.

ÇAKOUNTALA.

¡No veo nada! mi vista está turbada, quizá ha caido en mis ojos el pólen de las flores que llevo como zarcillos y que el viento sacude.

EL REY (sonriendo).

Si tú me lo permites, soplaré en tus ojos con mi boca para limpiarlos.

ÇAKOUNTALA.

Seria una accion propia de un hombre complaciente, pero no me fio de tí.

EL REY.

Desconfias de mí! Un servidor nuevo nunca se excede de las órdenes que recibe.

ÇAKOUNTALA.

Pero éste es muy celoso, y yo no debo fiarme.

EL REY (aparte).

Es preciso que yo no deje escapar esta brillante oportunidad de mi ventura.

(Procura levantar el rostro de Çakountala: ella indica una resistencia sólo aparente, y acaba por ceder.)

¡Oh! no temas, mujer de los ojos embriagadores, deja de temer un atrevimiento de mi parte.

(Çakountala fija un instante su mirada en el rey y baja de nuevo el rostro: el rey le toma la barba con dos dedos, vuelve á levantarle el rostro, y dice aparte:)

Esos labios delicados de mi bien amado, ¿no parece que trémulos de emocion tan encantadora me invitan á calmar la sed que me abrasa, de dar en ellos un beso?

ÇAKOUNTALA (timidamente mirando que el rey vacila).

¿El hijo de mi señor duda en cumplir lo que me habia prometido?

EL REY.

Es, hermosa mia, que me he fascinado por la semejanza de tus ojos con los azules lotos que adornan tus orejas. (Sopla en los ojos de la jóven.)

ÇAKOUNTALA.

Mi vista ha vuelto al estado natural, pero tengo vergüenza de no encontrar un servicio que hacer al hijo de mi señor, en recompensa del que he recibido.

EL REY.

Hermosa mia, esta recompensa es el suave aroma que he respirado en el borde de tus labios: ¿el perfume del loto, no es bastante para satisfacer á la abeja?

ÇAKOUNTALA (candorosamente).

Pero si ella no está contenta, ¿qué hará?

EL REY.

Ella, hará esto. (Diciendo estas palabras, el rey besa, lleno de entusiasmo, la boca de Çakountala.)

(Se oye gritar adentro.)

La compañera de tchakravâka (*la tórtola*) dice adios á su esposo: la noche se aproxima.

ÇAKOUNTALA (escucha con atencion y luego dice turbada):

Hijo de mi señor, la venerable Gâautami se aproxima; sin duda ha percibido mi ausencia: escóndete pronto entre esos arbustos.

EL REY.

Así lo haré.

Esta escena tiene la sencillez y la dulzura de un idilio griego: en los dramas Indos los poetas no buscan nunca el terror, como recurso dramático, que tan usado es entre los trágicos griegos y los latinos. La locura del rey, en el drama Vikrama y Ourvasi, no tiene nada de comun ni con la de Ajax ni con la de Orestes; es un trastorno mental que se expresa por pensamientos dulces, elegantes, delicados, que no destroza el corazon, que no hace llorar: el rey ha perdido á su amada y vaga en las selvas preguntando por ella; esa es su locura; ¡pero qué modo de expresarla!

La escena tiene un coro que alterna con sus estrofas los delirios del rey.

Dice el coro:

«Grabadas en su corazón las dulces miradas de su
«perdida compañera, un joven cisne se abandona á su
«dolor sobre las aguas de los más bellos lagos.»

EL REY.

Nube que bañas esa parte del cielo con un torrente de
lluvia, encadena tu cólera; yo te lo ordeno: pero si re-
corriendo la tierra vuelvo á ver á la que amo, entonces
sufiré contento cuanto quieras.

EL CORO.

Entre las canciones de las abejas embriagadas de perfu-
me, entre el concierto que forman al cantar las tórtolas, al
soplo arrullador de los vientos que hacen ondular man-
samamente las ramas tiernas, el sagrado árbol de Kalpa
hace los más graciosos movimientos.

EL REY (dirigiéndose á un pavo).

Rey de los pavos, dime, yo te lo suplico, si has visto
á mi amada cuando paseas en medio de los bosques; voy á
darte sus señas para que puedas reconocerla: su rostro
es bello como la luna, y su porte es noble y majestuoso.

.....
(Dirigiéndose á una tórtola.)

¡Tórtola amante de quejas melodiosas, tú que vuelas
incierto bajo las sombras del Nandana, dime si has visto

á mi bien amado; ave que no has sido nutrida por tus
padres, los amantes te llaman la mensajera de Madana;
tú eres su flecha victoriosa que sabe triunfar de los cora-
zones rebeldes al amor; conduce á mi bien amado á mi
presencia, ave de las dulces canciones, ó llévame al lugar
en que vive la que yo amo!

.....
(Dirigiéndose á un Phenicóptero y poniéndose de rodillas.)

¡Misericordia, soberano de las aves acuáticas; tú irás
después al lago Manasa; pero abandona un momento
esas fibras de loto, provision de viaje que tú volverás á
tomar luego, y arranca la pena de mi espíritu dándome
noticia de mi amada ! Vuélveme á mi amiga
si tú has descubierto su camino, si tú la has visto en al-
guna parte: yo reclamo lo que me pertenece: vuélveme
á mi amiga.

.....
En ese lago mismo, cuando una flor de loto te roba
la vista de tu compañera, ¿no gimes lleno de sentimiento
pensando que está ausente? El amor, y el temor de en-
contrarse sola, ¿no la atormentan también á ella? ¿Qué
alma es la tuya que me rehusas siquiera una noticia, á mí
que lloro separado de mi esposa?

Esta locura, que más bien parece un relato infantil, tiene su belleza y no puede causar terror. Compárese con la horrible descripción que hace Séneca, el trágico latino, de la locura de *Œdipo*, y que desconfío de poder verter con los colores que tiene el original.

ACTO V.

ESCENA I.

Habla un mensajero refiriendo el delirio del rey, y termina diciendo:

« Dice así, y su cólera llega hasta el furor: un fuego
« salvaje anima sus facciones amenazadoras: sus ojos apé-
« nas pueden contenerse dentro de sus órbitas: se pintan
« en su rostro la cólera, la violencia, el arrebato feroz y
« la crueldad de un verdugo: lanza un gemido, se estre-
« mece de una manera horrible, lleva á su rostro las ma-
« nos furiosas: sus ojos se presentan fijos, salientes, como
« ofreciéndose ellos mismos á la mano que los amenaza,
« como adelantándose á encontrar el suplicio. El desgra-
« ciado rey clava furioso sus crispados dedos dentro de
« las órbitas: arranca á la vez los dos globos que ellas en-
« cierran y los retira sangrientos y palpitantes: su mano
« despues no encuentra ya en esas órbitas más que el va-
« cío, pero siempre furioso clava más adentro sus dedos
« y hiere aun el interior de esas profundas cavidades don-
« de la luz no volverá á entrar jamas, y se agota en vanos

« trasportes y prolonga inútilmente su martirio: ¡pero tan
« grande así es el temor que tiene de volver á ver el día!

« Levanta en fin la cabeza, y con sus órbitas sangrien-
« tas y vacías, recorre la extensión del cielo para probar
« la noche eterna en que él mismo se ha hundido, y ar-
« ranca los cortinajes de carne que penden aún del sitio
« en que estaba su extinguida vista. Despues, fiero de tan
« terrible triunfo, exclama dirigiéndose á los dioses: « Per-
« donad á mi patria; yo he cumplido vuestros decretos;
« he castigado mis crímenes y he alcanzado por fin á en-
« contrar esas tinieblas cuyos horrores igualan al de mi
« hymeneo.» Una lluvia espantosa inunda su rostro, y
« de su cabeza mutilada brota en grandes olas la sangre
« de las venas que sus manos han despedazado.»

Los dramas indios se distinguen, sobre todo de los griegos, por la diversidad del idioma en que hablan los personajes del drama; porque los dioses, los reyes y los héroes hablan el sanscrito; y las mujeres, aun cuando sean diosas ó reinas, hablan el pracrito, lo mismo que los personajes de rango inferior.

La delicadeza en la escena indica tanto estudio y tanto refinamiento, que no es comparable no sólo con la perfección á que los griegos llevaron su tragedia, pero ni aun á nuestras representaciones escénicas actuales: cada pasión, puesta en juego, tiene metro distinto para el verso, distinta clase de música para el canto y diferente movimiento, á semejanza de baile, para ser expresada.

Sin embargo, yo encuentro un punto de contacto entre los teatros indio, griego y latino, en lo que llamaban los clásicos *Parábasis*, que era un discurso ó peroracion que, en nombre del poeta y cortando la accion de la pieza, dirigia uno de los actores á los concurrentes, convirtiéndose en una especie de orador político, y que con tanta exageracion llegó á usarse en el siglo de Pericles, que Platon en el libro III de *Las leyes*, hace decir á uno de los personajes, que en Atenas la democracia se convierte en una teatrocracia.

El drama de Vikrama de que hemos hecho mencion, comienza presentándose el director del teatro diciendo:

«Esta reunion está cansada de no ver otra cosa que asuntos tratados por poetas de los antiguos tiempos. Voy á hacer representar delante de ella un drama (*trotaka*) nuevo intitulado «Vikrama y Ourvaçi,» pieza de que es autor Kalidasa» Y despues de leer la lista de los personajes, agrega:

«Ahora, con la frente inclinada delante de esta reunion de nobles y de ilustrados personajes, yo les dirijo la siguiente súplica: Prestad, señores, un oído atento á esta obra de Kalidasa, ya como efecto de esa política natural á las personas benévolas, ya por la estimacion que os merezca un asunto felizmente escogido.»

En *Çakountala*, el director, al principio de la pieza, dice en un diálogo con una de las actrices:

«Noble señora, estamos delante de una sociedad la

«más rica en cualidades encantadoras, y es preciso divertirte con un drama nuevo que tiene por título: «*El reconocimiento de Çakountala*,» cuyo autor es Kalidasa; debemos representar nuestros papeles con todo cuidado.

LA COMEDIANTA.

Nadie puede negar que el maestro presente perfectamente montada una pieza en el teatro.

EL DIRECTOR.

Yo debo deciros una cosa, noble dama: que pongo en duda la bondad de una comedia mientras no ha recibido la aprobacion de los conoedores. Así es que, meditando en estas razones, pierdo la confianza delante de un público tan ilustrado.

Aristóphanes nos da la muestra tambien de parábasis en el teatro griego.

Dice por ejemplo en *Akarnienses*:

CORO.

«Desde que nuestro poeta dirige los coros cómicos, nunca se ha presentado á hacer su propio panegírico; pero hoy, ante los atenienses, tan precipitados en sus decisiones, sus enemigos le acusan falsamente de que se burla de la República é insulta al pueblo; preciso le es justificarse con sus volubles ciudadanos: el poeta pre-

tende haberos hecho mucho bien, impidiendo que os dejéis sorprender por las palabras de los extranjeros, que os hechicen los aduladores, y seáis unos chorlitos.»

Los latinos también acostumbraban la parábasis; verbi gracia:

Comienza Plauto en el *Asinario*:

«Yo os pido vuestra atención, espectadores, y que los dioses os ayuden como á mí, á los cómicos, á sus directores y á los magistrados que los emplean. Heraldos llama bien la atención del pueblo, y piensa solamente en no haber trabajado gratis. Ahora voy á decir el objeto con que me presento aquí, y es haceros conocer el título de la pieza: en cuanto al argumento, es muy sencillo; diré solamente que en griego se intitulaba *Onagos*; que Demófilo fué su autor; que Plauto la tradujo al latín y la llamó *el Asinario*, con perdón de ustedes; es alegre, divertida y graciosa; escuchadla con atención, y en recompensa, que Marte os continúe protegiendo como en otro tiempo.»

Terencio, en su *Andria*, comienza con este prólogo:

«Cuando nuestro poeta se puso á escribir para la escena, creyó que todo lo que tenía que hacer era componer piezas agradables para el pueblo; pero comienza á entender que no es esto todo, y héle aquí obligado á perder su tiempo en hacer un prólogo, no para narrar el argumento de la pieza, sino para contestar los ataques de sus enemigos.»

Esa costumbre de dirigirse al público por medio de

un prólogo, duraba aún en los primeros tiempos del Renacimiento, y así vemos que Maquiavelo comienza sus comedias dirigiéndose al público.

«Dios os guarde,—dice en su *Mandragora*,—buenos auditores, puesto que esta bondad viene de que os agrado. Si continuáis conteniendo vuestros murmullos, os voy á hacer representar una aventura acaecida recientemente en este país. Mirad esta decoración que se extiende á vuestros ojos; es vuestra Florencia; otra vez será Roma ó Pisa. En cuanto á la aventura, estoy seguro que hará desprender vuestras quijadas á fuerza de risa.»

Ahora sólo nos quedan, y no en los dramas sino en las comedias, los versos en que con el peor gusto posible se pide al público un aplauso al terminar la pieza, costumbre que disgusta á todo hombre de buen sentido literario.

Tanto tiempo hace que tengo abandonado á Peon Contreras, que ya volver á encontrarle me está causando rubor; y me hallo en la situación del que sin motivo ha dejado de visitar una casa donde le aprecian, deseando volver, y sin atreverse á verificarlo, lo hace delito, como decimos vulgarmente en México.

Un joven crítico, estudioso y de grandes esperanzas, Gomez Flores, ha hecho buenos estudios sobre las piezas de Peon Contreras. Si yo quisiera hacer un juicio sobre el teatro de nuestro poeta, para muchos dramas no tendría yo necesidad más que de copiar los artículos de Go-

mez Flores; pero como mi empresa no abarca tanto, me contento con hablar de generalidades.

La versificación en los dramas de Peon, es sonora y fluida, y aunque algunos críticos le acusan falta de entusiasmo, esto quizá proviene de que el público está viciado con el lirismo de comedias en que se cuida más de la gala que del argumento.

Gomez Flores dice, hablando de Peon Contreras:

«Sus defectos de estilo son pocos y se reducen á faltas prosódicas, supresiones frecuentes de sinalefas, escasa fibra y energía en varias composiciones que la exigen, contados galicismos, y algunos otros de poca monta, hijos todos, sin la menor duda, de la precipitación con que siempre escribe.»

Francamente, si estos fueran pocos defectos y de poca monta, no sé qué habría que guardar para la calificación de tanto poeta disparatador como hay: pero Gomez Flores, sin duda profesando tan gran cariño como se trasluce en sus artículos, á Peon Contreras, quizo más bien pecar por rígido que ser acusado de condescendiente por amistad.

Peon Contreras tiene algunos de los defectos que indica el jóven autor del juicio á que nos referimos; pero más que á la precipitación con que escribe el poeta, deben atribuirse á la dificultad de hacer una obra perfecta; manejar bien un idioma, y un idioma como el español, es tan peligroso como manejar una navaja de barba al afei-

tarse: la menor distracción, el más ligero estremecimiento, la preocupación más pasajera, bastan para herirse; y esto les pasa hasta á los grandes maestros, sin que pueda decirse de ellos que erraron por la precipitación con que escribían.

Todos los idiomas, pero principalmente el español, y sobre todo en México, tienen un modo de hablarse y otro de escribirse; quiere decir que hay frases y giros bien usados y bien recibidos en la conversación, y que ningún escritor ilustrado se permite presentar al público. Y no necesitamos que Max Muller nos lo diga ni nos lo pruebe, que una ligera observación lo hace comprender así.

Esta es una dificultad para el escritor; y respecto á galicismos, están ya algunos tan infiltrados, tan naturalizados en nuestro idioma, que es difícil escapar de ellos, y quizá no faltaría ejemplo de alguno en el mismo Cervantes. Pero como la bandera cubre la mercancía, galicismos hay que á la sombra de un nombre ilustre en la literatura española, han dejado de serlo y tienen carta de nacionalización.

Peon Contreras ha escrito también muchas y muy hermosas leyendas nacionales, y sus composiciones sueltas tienen un mérito que no las hace parte menor en la bien adquirida fama del poeta yucateco.

Se dirá que yo llamo esperanza de las letras en México, á todos aquellos de quienes me ocupo; pero como casi todos están en el vigor de la edad, están en la época

en que el árbol de la inteligencia pierde sus flores para comenzar á producir sus frutos, me creo con perfecto derecho para llamar tambien á Peon Contreras esperanza de nuestra literatura en lo porvenir, sin que en el presente deje por eso de ser una de las joyas del Parnaso Mexicano.

